

murallas de la ciudad, y el prisionero ¿quién digo? el vencedor de Neron y de Júpiter, marchaba para alejarse de Roma por esta misma vía Apia que había seguido à su entrada veinticinco años antes.

No era que Pedro quisiera evitar la muerte; él sabía que la sangre de los mártires es el fundamento de la Iglesia y una semilla de cristianos; él sabía, además, que le estaba reservada la cruz, pero ignorando si había llegado la hora, había cedido à las lágrimas de los neófitos. Al llegar al lugar en que estamos, ve à su divino Maestro que venia á su encuentro cargado con su cruz. Pedro le reconoce y exclama: *¿Domine quo vadis?* «Señor ¿á dónde vais?—*Venio iterum crucifigi.* «Vengo para ser crucificado de nuevo.» Pedro le comprendió, y volviendo á Roma esperó la cruz sobre la cual debía morir el Redentor del mundo, no ya en persona como en Jerusalem, sino en la persona de su Vicario. ¹

¹ Además de la tradición constante de los fieles de Roma, tenemos sobre este hecho testimonios escritos, entre otros el de San Ambrosio. En un discurso contra Auxencio, el gran Doctor se expresa así:—*Idem Petrus postea, victo Simone, cum præcepta Dei populo seminaret et doceret castimoniam, escitavit animos gentilium. Quibus eum quærentibus christianæ animæ, deprecatae sunt ut paulisper cederet, et quamvis esset cupidus passionis tamen contemplatione populi precantis inflexus est: rogabatur enim ut ad instituendum et confirmandum populo se reservaret. Quid multa? Nocte muro egredi caepit; et videns sibi importa Christum occurrere urbenque ingredi, ait: Domine quo vadis, Respondit Christus. Venio iterum crucifigi. Intelexit Petrus ad suam crusem divinum pertinere responsum. Christus enim non poterat iterum crucifigi, qui carnem passione suscepta mortis exuerat: quod enim mortuus est, mortuus est semel; quod autem vivit, Deo vivit; intelexit ergo Petrus quod iterum Christus crucifigendus esset in servulo. Itaque sponte semeavid: interrogantibus christianis responsum reddidit, statimque correptus, per crucem suam honorificavit Dominum Jesum.—Bar., Ann. t. I, 477, n. 6, Foggino, Exercit. XVII, p. 404, etc., etc.—Con ocasión de este hecho, es bueno referir las notables palabras de Suarez que se aplican à todas las otras tradiciones romanas de que se ha*

El paganismo vencido, el mundo pacificado y sometido al Evangelio, tal fué con el tiempo el fruto de la muerte de Pedro y sus colegas. El arco de Constantino, bajo el cual pasamos muy pronto, sigue repitiendo esto en estas palabras inmortales: *Fundatori Quietis.* «Al fundador de la Paz.»

21 DE MARZO.

Frascati.—Vilas.—El cardenal Micara.—
Túsculo.—Gruta Ferrata.

Las grandes ceremonias de la Semana Santa, si no comenzadas el Domingo de Ramos, no continúan hasta el miércoles en la tarde. Así el lunes y el martes son dos días de vacaciones de que nos aprovechamos para visitar las cercanías de Roma. El 21 de Marzo á las seis de la mañana, dos coches trotando á través del campo romano, en la antigua vía Asinaria, trasladaban á Frascati nuestra pequeña caravana. Los gigantescos arcos del acueducto de Claudio, extendiéndose en una longitud de muchas millas, guiaban nuestro camino en medio del desierto; muy pronto se corta la vía Latina. Su dirección se da á conocer en las ruinas de las tumbas escalonadas á sus orillas; lúgubre espectáculo que viene á oscurecer la sombra del feroz Totila; este terrible asolador de Roma tenia aquí su campo. Las ruinas que se ven hablan de él, como la puerta por la cual acabábamos de salir recuerda la traición de los solda-

hablado en las *Tres Romas*:—«Intertraditionis quæ in Ecclesia inveniuntur, quædam sunt universales totius Ecclesiæ catholicæ alia particulares quarundam Ecclesiarum ut experientia constat. . . . Particulares per se non sunt regulæ fidei nisi alunde accedat Ecclesiæ definitio quæ illas approbet. Et ideo particulares traditiones Ecclesiæ Romanæ, ut est specialis episcopatus sunt majoris auctoritatis, quia solent esse à Pontificibus approbata.» *De Tripl. virt. theol., Disput., V, sect. 4.*

dos isaurianos de su guardia y la entrada por siempre lamentable del bárbaro vencedor.

Dos horas de camino bastan para conducir al pié de la graciosa montaña en cuya vertiente está situada la pequeña ciudad de Frascati; Túsculo, á quien reemplaza, ocupaba la cima. Esta última ciudad, destruida en 1191 por los Romanos y los Tiburtinos, dió nacimiento á Frascati, que es hoy la sede del tercer obispado suburbicario. Toda la corte está esmaltada de vilas deliciosas, adonde los Romanos van á buscar bajo el espeso follaje de los olivos salvajes y las verdes encinas, un abrigo protector contra el sol de Julio y contra las fiebres de otoño. Entre aquellas habitaciones reales se distinguen las *Delizie* Aldobrandini, Taberna, Conti, Bracciano; las dos primeras pertenecen á la familia Borghese. Jardines, cascadas, juegos de aguas, puntos de vista, objetos de arte, todo se reúne para hacer de ellas una morada encantadora. En la vila Aldobrandini se admira una vasta pieza, resplandeciente de frescos del Dominiquino en medio de la cual se levanta el monte Parnaso de relieve. La poética montaña está habitada por músicos de bronce que mezclan el sonido de sus instrumentos al ruido de las aguas cuya caída las anima. La vila Conti, hace admirar su escalera real, la Ruffina, su arquitectura del Bernino y la Montalto su bóveda pintada por la escuela del Dominiquino.

Entre nuestras excursiones á la montaña y nuestro ascenso á Túsculo, vino à intercalarse muy á propósito una comida sazónada por una hambre de cuaresma y por picantes debates con los borriqueros de Frascati. Estos altos y poderosos señores, de padres á hijos, están en posesión de conducir á los extranjeros á Túsculo y de alquilarles asnos ó mulas para hacer el viaje; esta es su industria y tienen el mo-

nopolio de ella. ¡Júzguese cuánto será el empeño del forastero que llega, por verse atendido y pronto á aceptar el honor de ser servido! Pero el importe del servicio? hé ahí que en otro tiempo no se había fijado; y no lo estaba porque nadie se había atrevido á zanjar esta delicada cuestión; luego era arbitrario, es decir, exorbitante. Fué necesario que el cardenal Micara se atreviese á fijar el máximun de un peso; la Italia se ha quedado por eso estupefacta; este es un verdadero golpe de Estado. Nuestros parlamentarios invocaron, pues, la tarifa y mediante la promesa de una buena mano suplementaria, quedaron á nuestra disposición los interesantes cuadrúpedos; necesitábamos catorce.

Mientras los preparaban, visitamos el palacio episcopal, ilustrado en el siglo décimo octavo por el cardenal d'York, el último de los Estuardos; en seguida la catedral dedicada á San Pedro, en donde se ven algunos monumentos de la antigua familia real de Inglaterra; por fin, la morada del cardenal Micara, obispo actual de Frascati. En el ángulo de la plaza inmediata á la catedral, está un edificio de miserable apariencia y de mediana dimensión. Encierra el grande y el pequeño seminario; porque el obispado de Frascati no cuenta casi más de seis mil diocesanos. Una estrecha y pobre escalera conduce á una antecámara que sirve de comedor. Allí estaban sentados, alrededor de una cacerola italiana, dos criados de librea según la etiqueta. Una simple puerta de hojas desnudas nos separaba del cuarto del cardenal Micara, la gloria del sacro Colegio, teólogo juriscónsulto; versado en la ciencia de la pública administración y el orador más grande de la Italia.

Representaos un anciano de sesenta y siete años, de mediana estatura, recta y elegante; con cabellos blancos abundantes y una magnífica barba blanca como la nie-

ve, que le bajaba hasta la mitad del pecho; una mirada de fuego, chispeante en su profunda órbita, rodeada de espesas cejas regularmente arqueadas; una ancha frente cuadrada, lábios delgados y rojos en los cuales vaga siempre una sonrisa de una finura y de una gracia inexplicables; contemplad aquel anciano, aquel príncipe de la Iglesia, llamado por tantos votos al honor de la tiara, vestido con el tosco sayal de los capuchinos, y sentado en una mala silla de madera que con una pequeña mesa cubierta de papeles y un pequeño lecho sin rodajas, levantado un pié sobre el suelo, componía todo el ajuar de aquella única pieza, sucesivamente salón, gabinete de estudio y recámara; representaos todo esto y habreis visto la persona, el palacio y los muebles del ilustre y santo cardenal.

Este hombre admirable, hijo de un colono de Frascati, y hermano de un colono de la misma ciudad, no ha querido habitar el magnífico palacio de sus predecesores. «Las grandes habitaciones me causan miedo, nos decía sonriendo, y además, estoy aquí en medio de mis hijos.» En efecto: su seminario es su familia de la cual es el director y el padre, pero su solicitud se extiende también al exterior. Aunque pobre y muy pobre, encuentra con sus ochocientos pesos de renta, el medio de mandar hacer caminos, edificar un hospital, establecer un monte de piedad, abrir escuelas á las cuales lleva él mismo de la mano á los niños que encuentra en las calles, él es el tipo resucitado del Padre de la Iglesia. Así los habitantes de Frascati están orgullosos con tenerle por obispo y por conciudadano. *Il nostro*, el nuestro, dicen hablando de él, y en su justa estimación esta palabra lo dice todo. Su Eminencia nos habló en muy buen francés, de la Francia adonde nunca había ido, pero que la conoce como si nunca hubiera salido de ella; se expresa sobre las grandes

cuestiones que agitan no solo á nuestra patria, sino á la Europa entera, con esa firmeza de juicio y esa elevación de ideas que caracteriza á la vez al hombre práctico y al hombre de génio.

¿Cómo fué sacado de la oscuridad de su celda el humilde capuchino? ¿Qué mano ha colado la luz en el candelero? La elevación del cardenal Micara es una prueba entre mil, de que en Roma la ciencia y la virtud son, más que en cualquiera otra parte, el camino seguro de los honores. El año 1824, el padre Micara predicaba en Roma en presencia de Leon XII. Con toda la libertad del Evangelio y toda la elocuencia de su palabra, dejó oír útiles verdades dirigidas á algunos de sus oyentes. Se le comprendió, y los personajes aludidos fueron á quejarse al Soberano Pontífice, suplicándole que llamase al órden al temerario predicador y le impusiese una penitencia, el Santo Padre prometió hacer justicia. Algunos días después, los descontentos preguntaron á Leon XII si había cumplido la palabra que les había dado y si había castigado como merecía al temerario y audaz capuchino. «Sí, sí, respondió el Papa. ¿Qué penitencia le impuso Vuestra Santidad?—Le he nombrado cardenal.»

La bendición de aquel anciano trae consigo la felicidad. Después de haber solicitado y recibido la del venerable Pontífice, salimos para Túsculo. Entre dos cercas de laureles de veinticinco piés de elevación, se llega por una pendiente suave á la ruffinella. Esta graciosa vila, propiedad de Luciano Bonaparte, ha sido comprada por la reina viuda de Cerdeña. Algunos pasos más lejos se abre una vía romana, cuyas losas gastadas atestiguan que han soportado los carros de ilustres personajes, entre otros de Ciceron, que tenía aquí una de sus moradas; de Caton, originario de Túsculo; de Lúculo, cuya vila

contenia, al decir de los censores escandalizados, más espacio que barrer que cultivar 1.

En medio de las ruinas diseminadas por todas partes en el suelo, se cree reconocer el lugar y los despojos del orador romano, inmortalizada en el mundo clásico por la composición de los *Tusculanos*. ¡Ved pues, la distancia que separa á la más alta razón pagana, de la más débil inteligencia cristiana! ¿Qué alma bautizada aceptaría el móvil de las acciones, y la regla de las costumbres y la recompensa de la virtud preconizada por Ciceron? Aquí, en Túsculo, al dirigirse al gran filósofo esta gran cuestión: «¿Qué es la gloria,» él respondía: «La gloria es un bien real y sólido y no una sombra engañosa; un concierto de elogios tributados á la sabiduría; la voz desinteresada de los buenos jueces, que celebran el mérito brillante, el eco, la más bella recompensa de la virtud.»

La gloria sola nos indemniza de la brevedad de la vida por el recuerdo de la posteridad; ella nos hace presentes en los lugares en que no estamos y nos hace vivir más allá del sepulcro; ella, en fin, es como el escalon que eleva á los hombres al rango de los inmortales 2. Después de haber referido todas las esperanzas del hombre, á una quimera tan vana como la gloria, trata Ciceron de dar una guía á sus acciones, un consuelo á sus dolores. Entonces es cuando exclama, y las ruinas de la vila parecían resonar aún con sus palabras: «¡Oh filosofía, única capaz de guiarnos! ¡Oh, tú enseñas la virtud y rechazas el vicio! ¿Qué seríamos sin tí todos los hombres? Tú has criado las ciudades, tú has inspirado á los hombres aislados el amor á la sociedad, tú les has hecho acercar sus moradas, contraer matrimonios,

1. Plin. lib. XVIII. c. 6.

2. Túsculo III, 2: el mismo pensamiento se encuentra en el discurso *Pro Milone*, 35.

inventar una lengua y una escritura comunes; tú has dictado las leyes, has formado las costumbres, civilizado á los pueblos. Yo busco un asilo cerca de tí, imploro tu socorro; contento con seguir hasta aquí en parte tus lecciones, hoy me entrego á tí todo entero. ¡Ah! ¿y á qué poder recurriríamos más bien que al tuyo para darnos la tranquilidad de la vida y quitarnos el terror de la muerte?» 1.

El día, la hora tal vez en que Ciceron escribía este fastuoso elogio de la gloria y de la filosofía, madres de la virtud, Bruto, amigo de Ciceron, adorador de la virtud, hija de la filosofía y de la gloria, se suicidaba en los campos de Filipo, exclamando: «Virtud maldita, tú no eres más que una palabra; vano fantasma ó vil esclavo de la fortuna, sé por siempre la compañera de mis enemigos.»

Continuando sobre nuestras fáciles cabalgaduras por las grutas de Ciceron, por las Térmas, por el Teatro, por los Acueductos y la ciudadela de Túsculo, habíamos llegado al punto culminante de la llanura, obstruida con ruinas desconocidas. Desde allí la vista abraza todo el panorama del campo romano. Nuestra caravana, encantada con aquel grande y solemne espectáculo, partió á su pesar para *Grotta Ferrata*. Por un privilegio exclusivo, la Italia presenta á cada paso el palpable contraste de las glorias del paganismo y del cristianismo. En una gruta cerrada por una reja de hierro, inmediata á Túsculo, se encontraba en la Edad Média una estatua milagrosa de María; los fieles, en gran número, emprendían hácia allí peregrinaciones. Alrededor de la gruta se levantó en el año 1000 un monasterio de Basilianos. Un día vieron llegar los religiosos á un venerable anciano que pedía pasar el resto de su vida entre ellos.

1. Túsculo V. 2.

Este era San Nilo, la gloria de la Italia, la admiracion de los reyes, el fundador de muchos monasterios en Calabria.

El santo hombre habia emprendido la fuga al saber que el príncipe de Gaeta no esperaba más que su muerte para tomar sus reliquias. Cuando él habitaba el Monte-Garan, el emperador Oton III fué á visitarle y le ofreció un lugar para edificar un monasterio. "Pedidme todo lo que queráis, añadió el príncipe; padre mio, todo os lo concederé con alegría.—La única cosa que os pido, le dijo el santo, poniéndole la mano sobre el pecho, es que penseis en la salvacion de vuestra alma." San Nilo murió en *Grotta Ferrata* en 1005 y su cuerpo descansa bajo el altar. En los frescos inmortales que decoran la iglesia del convento, el Dominiquino ha representado la visita del emperador Oton, la resurreccion de un niño y otros rasgos de la vida del santo anacoreta. El monasterio conserva todavía el recuerdo del ilustre Bessarion que fué á buscar allí un asilo despues de la toma de Constantinopla. Rendimos nuestros homenajes á la Virgen milagrosa y tomamos á toda prisa el camino de Palestrina. La Aldea de la Columna, el lago Regila, las ruinas de Gabias apenas las vimos rápidamente; la noche envolvía á la antigua Prenesto cuando entramos á ella.

22 DE MARZO.

Palestrina.—Recuerdos de Pio VI.—Subiaco.—Tivoli.—Catedral.—Recuerdos de Santa Sinforsosa.—Templo de Vesta.—de la Sibyla.—Vila de Mecenas.—Las Cascadillas.—Vila de Varus ó *Madonna del Quintigliolo*.—Gruta de Sirenas.—Vila de Este.—Vila de Adriano.—Sepulcro de la familia Plàucia.—La Solfatará.—*Ponte Mammolo*.—Vuelta á Roma.

Para las ciudades y para los reinos, lo mismo que para los individuos, hay momentos solemnes que deciden de su por-

venir. Prenesto presenta de ello un ejemplo memorable. Orgullosa con su origen muy anterior al de Roma, envanecida con sus murallas ciclópeas, y orgullosa sobre todo con su templo de la Fortuna, adonde el imperio romano entero iba á consultar su Suerte, la ciudad latina ocupaba hacia largo tiempo un papel elevado en la escena del mundo; mas la hora de su decadencia se acercaba. Roma, dividida entre Mário y Sylla, estaba ardiendo y con ella toda la Italia. Prenesto tomó el partido de Mário. La altura de sus murallas, la fuerza de su ciudadela hicieron que fuera elegida por el hijo de Mário para su asilo y su campo de atrincheramiento. Sylla se presenta á su turno; la ciudad es tomada, el vencedor degüella á los habitantes, y la antigua ciudad baja á una tumba sangrienta de donde no ha salido jamás. El vencedor tiene á bien restablecer sobre bases más vastas y con nueva magnificencia el templo de la Fortuna; ¡vanos esfuerzos! el prestigio ha muerto para siempre. Nos parece que debia ser así. Se acercaba el momento en que el oráculo eterno de la verdad, la verdad misma iba á hablar al mundo; y en la destruccion de Prenesto, baluarte secular en donde reinaba el padre de la mentira, como en el Capitolio, el cristiano reflexivo ve brillar la accion divina que avanza un paso en la obra de la preparacion evangélica.

No presentando Palestrina otro interes que el de los recuerdos, la dejamos á buena hora para irnos á Subiaco. ¡Subiaco! ¡qué encantadora peregrinacion! ¡Oh! cómo todo habla allí á la imaginacion y al corazón! ¡Qué gozo para el viajero frances hallar en aquella poética soledad religiosos que hablan su lengua, como él mismo la habla, y que sin haberle visto nunca, le quieren y le reciben como á un hermano! Subiaco fué el primer retiro de San Be-

¹ Cicer *de Divinat.*, lib II.

LAS TRES ROMAS

103

nito; se puede decir que allí echó los cimientos de su inmortal institucion, y despues de trece siglos, los hijos del venerable patriarca guardan con un religioso respeto la cuna querida de su numerosa familia. Están divididos en dos monasterios, el de San Benito y el de Santa Escolástica. ¡Con qué amor nos enseñaron el *Sacro Speco*, caverna misteriosa en donde su padre vivió largo tiempo, como San Ignacio en Manresa, como Moisés en el desierto, preparando con Dios los grandes designios que debia ejecutar! Allí hay una bella estátua que representa al santo absorto en la meditacion; á su lado está una canastilla, recuerdo de la que usaba San Roman para pasar á su señor un frugal alimento. En otra parte mirad el gran crucifijo en el cual está engastado el que llevaba consigo el ilustre fundador.

En el convento de Santa Escolástica encuentra el arqueólogo las riquezas, de las cuales fueron criadores ó guardianes los Benedictinos. Un claustro del siglo diez y seis, otro del siglo décimotercio, una sacristía del décimosexto; preciosos manuscritos con iluminaciones, así como las ediciones *princeps* de las obras impresas en Subiaco, y las primeras que lo fueron en Italia. De la biblioteca bajamos á la iglesia para venerar á los santos mártires Audax y Anatolio, cuyos cuerpos descansan bajo el altar mayor. Angeles de la oracion y mártires velando despues de tantos siglos en aquella soledad santificada por la presencia del patriarca de los religiosos en Occidente, todo esto es un misterio de gracia, una armonía providencial, cuyo secreto nos fué dado conocer algunos pasos más léjos. Neron y sus dignos sucesores habian tenido aquí una vila. Por todas partes la mancha y por todas la purificacion, y la segunda siempre en razon directa de la primera. Tivoli nos presentará muy pronto el mismo

contraste. Al dejar á Subiaco, otro recuerdo se presenta al viajero. Aquí, como en las lagunas Pontinas, se mostró Pio VI un monarca inteligente y magnífico. La soberbia iglesia de San Andrés, los molinos, las grandes fraguas y otros establecimientos de utilidad pública, fueron obra suya. Tambien un arco de triunfo de mármol, colocado á la entrada de la ciudad, perpetúa la memoria del bienhechor Pontífice. Noble tributo de reconocimiento y de amor; ¡qué amarga impresion inspiras al viajero frances! ¡Oh santo mártir, olvidad á Valencia y su ciudadela! ¡oh vicario del Dios que abrasó á todos los hombres en su inmensa caridad, rogad por el pueblo fiel que os levantó monumentos de gloria; rogad tambien por el pueblo ciego que os dió cadenas!

En el pintoresco valle que riega el Anio de límpidas ondas, corre serpenteando el alegre camino de Tivoli. Los caballos romanos caminan de prisa y muy pronto percibimos á la antigua Tibur. La gruta de las Sirenas, cascadas, recuerdos de Hecacio, recuerdos de Varus, recuerdos de Cátulo, recuerdos de la Sibyla, recuerdos de Mecenas, recuerdos de Santa Sinforsosa y de sus siete hijos, hé ahí lo que puede interesar al artista, al arqueólogo y al cristiano. A pesar de su poblacion de siete mil almas, Tivoli se parece más bien á una aldea que á una ciudad; las calles son irregulares, montuosas; las casas con algunas excepciones, de mediana apariencia. El gran *hotel de la Reina* tuvo el honor de darnos hospitalidad, y nadie adivinaria cuál fué la primera cosa que se ofreció á nuestras miradas al subir la escalera del primer piso. En un tronco fijo en la pared leimos en muy buen frances: *limosnas para la Propagacion de la fe en los dos mundos*. Con una alegría enteramente francesa; mezclada con un grano de orgullo nacional, cada uno de nosotros se apresuró á depos-